

Leer con luz ultravioleta
Carlos Roberto Calderón del Cid

Durante los primeros años de mi carrera alimenté la fantasía de que un evento excepcional me ocurriría dentro de la Biblioteca Central de la USAC. Acaso porque, en mi ingenuidad, la consideré el ambiente propicio para la literatura y el encanto. Acudía diariamente, durante periodos libres o aulas aburridas. Varios fueron los compañeros de facultad que no comprendieron mis motivos; pensaban que los desdeñaba, evitando compartir con ellos fuera de las aulas. Perdí muchas amistades; hasta qué punto era un malentendido, una forma de agredir en la ausencia.

Subía la rampa de Recursos Educativos con solemnidad, como adentrándome al mar o al desierto. Saludaba a los guardias y ellos me correspondían con un movimiento de cabeza. Nunca nos supimos los nombres. En la entrada de la Biblioteca Central aguardaba un trabajador, quien recibía las pertenencias del usuario, colocándolas en un estante y entregando un número de identificación. Cuatro personas se encargaban de ese puesto, en turnos aleatorios. El que mejor me caía era un muchacho alto y calvo que siempre se alegraba por mi visita y me preguntaba qué iba a prestar. Recuerdo que lo vi atravesar la Plaza de los Mártires con un bolsón diminuto que lo hacía ver gigantesco, perfilándose hacia la parada de buses. Era hijo de una bibliotecaria. Luego de dejar mis cosas, trayendo conmigo el cuaderno de anotaciones, me dirigía a la sección de literatura universal. Pocas veces presté un libro concerniente a mi carrera. Básicamente empleaba el tiempo libre en leer cuentos y novelas, sin contemplar movimientos, autores o épocas. Leía lo que me recomendaban o lo que hallaba. Fue un tiempo de leer contraportadas. Asimismo, entre un libro y otro, escribía relatos que hoy me avergüenzan. Acaso sea injusto hacia mi pasado, hacia lo que aprendí errando. Era una prosa sin estructura, repleta de barroquismos, casi ininteligible.

Del evento que escindiría mi vida, poseía dos expectativas. La más inmediata era conocer a una mujer lectora con la cual no me sentiría absurdo hablando de lo que mal leía. La soledad limitaba

mi sentido común. Las interacciones, los encuentros, no se daban; las circunstancias no eran propicias. Me desesperé, parecía que todas las universitarias estuvieran procurando encuentros en otros sitios y la Biblioteca fuera el escenario menos apto. Las pocas muchachas que llegaban iban a estudiar o dormían sobre libros de historia los desvelos de nuestra ciudad. Sin embargo, hubo una usuaria que dedicaba exclusivamente su tiempo a leer novelas. Nunca me aproximé, porque su lectura era utilitaria. A través de un libro esperaba. Luego de leer algunas páginas recibía una llamada que contestaba dulcemente, abandonando el recinto con una felicidad que yo no despertaría en ella.

La segunda expectativa, y mucho más plausible, era el hallazgo de un libro que fuera una revelación. La filosofía era un modo limpio y tramposo de hallar respuestas. En realidad, quería sufrir, emprender un viaje a tientas que sólo la literatura podía ofrecerme. Entonces, leía obstinadamente, forzándome incluso a terminar las novelas que me aburrían. La revelación nunca ocurrió; tal vez el volumen se encuentra en el quinto piso, reservado para especialistas. Ni siquiera me inquieta. Reconocí que entendía poco o nada de los libros que leía. Es decir, identificaba a los protagonistas y el discurrir de la trama, pero no comprendía el trasfondo vital, el pulso artístico.

Pese a estar consciente de mi incomprensión, aún me empeñé durante mucho tiempo en engullir narraciones sin sorber la médula. Pensaba que era cuestión de práctica. Pero la literatura no es intermediaria. Desafortunadamente lo comprendí en medio de la catástrofe; el evento que aguardé desde el principio. Hoy me percaté que es una abominación verlo de ese modo, porque lo que para mí fue una pauta, para muchos fue la muerte y la destrucción. El terremoto del 2012, cuyo epicentro se situó a 35 kilómetros al sur de la playa de Champerico, ocurrió cuando me hallaba en la Biblioteca Central, a media página de un libro que pude haber rasgado. Tomé parte de la inercia de la estructura al sismo; presencié el ruido terrible de los ductos de ventilación y estanterías, la histeria de estudiantes y bibliotecarios. El instinto demandándome a correr hacia la salida, pero los

músculos no reaccionaron. Me quedé solo en la Biblioteca, sin saber realmente qué hacer. El desamparo entre miles de libros. No soporté la sensación de que ese escenario pudiera ser el último. Escapé, olvidando mis cosas, con un pánico demorado que fue la burla de todos los que esperaban afuera una probable réplica. Esa mañana entendí que la vida sucedía afuera, y yo me perdía entre novelas y cuentos.

Me ausenté durante dos años; empecinándome en la disipación. Obsesivo en los libros y las fiestas. Repuse el tiempo, buscando lo que creí propio de mi juventud. Bebí acompañado y solo, aproximándome a la pesadilla familiar del alcoholismo. El exceso me condujo a mujeres inestables, a besos sin afecto, encantamientos fugaces. Conocí gurús y personas condenadas a morir en un accidente vial o a amanecer sin zapatos en una calle infame de la ciudad. Poco a poco, mientras sufría relaciones enfermizas y resacas presagiándome problemas con el ácido úrico, fui percatándome que tenía otra sensibilidad hacia las cosas y situaciones. Lo descubrí una mañana que desperté adolorido y triste, y decidí tomar un libro para aguardar que el domingo acabase. Leí como si fuese otro lector o leyera con luz ultravioleta. Empecé a dilucidar mis lecturas, a percibir en mi propia piel el ímpetu de los autores que lograron conmoverme. Era necesario que malviviera, fustigado por la luminosidad de los placeres, para comulgar con algunos libros. Para leer al Bolo Flores tuve que conocer la violencia, especialmente la que acecha en nosotros hacia las personas que amamos; Bolaño: emprender un viaje sin dinero, procurando un hábitat o una historia, contemplando los kilómetros y paisajes con hambre y desvelo; Onetti: procurar la promiscuidad no como desfogue sexual como un modo de evadir la soledad, aunque cada caricia deje un sabor yermo; Vania Vargas: reconocer en objetos olvidados, en rastros fortuitos, cualquier presagio de lo próxima que está nuestra cotidianeidad a la soledad más angustiosa; Javier Payeras: recorrer calles o días con una libreta, llenarla de anotaciones, reflexiones y dibujos de las manchas sobre el asfalto;

Samanta Schweblin: entregarme a la locura de mi entorno con gracia, permitirle que sea el pan día, que permee en mí hasta justificarse.

Aún quedan escritores, poetas, ante los cuales no sé qué se precisa vivir para comprender su escritura.

Hoy termino este relato desde la Biblioteca Central de la USAC. Es mi guarida, el lugar donde siempre seré bienvenido. Me encanta su vocación pública y concurrida. Aquí conocí el pánico, las proporciones de una soledad que lee más y mejor. Alguna vez, entre las páginas de un libro, dejé una carta de amor que no quisieron recibirme. Desde la Plaza de los Mártires se escucha el bullicio de una fiesta, una actividad de la Huelga de Dolores. Me apresuro a terminar el relato para encaminarme hacia la parranda, hacia cervezas frías y compañías borrachas. Borges me habría despreciado.